

---

*El análisis político y económico de los doctores Vicente Massot y Agustín Monteverde*

Un fenómeno que llegó para quedarse

Mañana, cuando buena parte de la sociedad antikirchnerista gane las calles del país para testimoniar su hartazgo con el actual estado de cosas, no cambiará la relación de fuerzas vigente entre nosotros. Por efecto de las miles de personas que se desparramarán a lo ancho y largo del territorio nacional, Cristina Fernández no será más débil ni los partidos que conforman el arco opositor, más fuertes. La economía no sufrirá sobresaltos ni el mundo nos mirará de manera diferente. Pero, eso sí, quedará reforzada la idea de que el humor social —tan favorable a la presidente un año atrás, al momento de ser plebiscitada con 54 % de los votos— ha dado un vuelco inimaginable y dejado al oficialismo sin ese concurso de voluntades que fue, desde 2003, su principal apoyo no sólo electoral.

Todo hace suponer que, en punto al número de concurrentes, la protesta que se viene excederá con creces a aquella de septiembre pasado. Esto en mérito a dos razones: por un lado la confianza que ha generado en la gente la convocatoria de hace cincuenta y seis días, que sorprendió por su envergadura a propios y extraños. No fueron pocas las personas que por temor a que se registraran incidentes, por desgano o por descreimiento, se quedaron entonces en sus casas. Ahora, estimuladas por el éxito, seguramente dirán *presente*. Por el otro, la administración cristinista, con su habitual prepotencia, no ha hecho poco para exacerbar los ánimos de sus

opugnadores y convencerlos de que el *ir por todo* supone *apuntarle a todos* los que piensan distinto.

Bien miradas, las manifestaciones de mañana tendrán más importancia para quienes se sitúan en la vereda de enfrente del kirchnerismo que para los seguidores de Cristina Fernández. Éstos, claro está, deberán tomar buena nota de la dimensión que tiene el fenómeno de ocupar los espacios públicos con el propósito de vocear una disidencia visceral respecto del gobierno. Para aquéllos, cuanto mayor sea el despliegue del 8N mayor será el estímulo necesario que recibirán, si lo que pretenden es ponerle un candado, el año próximo, a cualquier intento de reformar la Constitución y legitimar la *re-re*.

Si bien nadie puede asumir una misión de capitanía con el objeto de guiar políticamente a esos cientos de miles de argentinos que se han echado a las calles, es indisimulable que ha nacido una forma de protesta desconocida en estas playas. Ni antes ni después de 1983 un gobierno elegido democráticamente debió hacer frente al fenómeno cuyo bautismo de fuego se produjo en la disputa por las retenciones al campo en 2008, y que reverdeció el 13 de septiembre. Tan masivo, pacífico y vociferante, como espontáneo y carente de coloratura ideológica uniforme y de una estrategia delineada con precisión de orfebre, el citado fenómeno llegó para quedarse. El kirchnerismo tendrá que soportarlo mal que le pese, pues nada puede hacer en contrario.

En sí mismo no trasparenta poder —si por poder entendemos la capacidad de imponer su voluntad a expensas de la del gobierno— pero es una reacción que delata vitalidad y, sobre todo, importa la decisión de una parte significativa de nuestra sociedad de levantar la voz y, llegado el momento, de plantarse firme contra la discrecionalidad de los K.

¿Qué pasaría, por ejemplo, si el 7D —otra de las fechas emblemáticas del año en curso— el kirchnerismo quisiese repetir en Cablevisión lo que, exitosamente, logró en Repsol —tomar su sede central por asalto— y, alertadas por las redes sociales y medios de comunicación, las mismas gentes que coparán, en horas no más, el Obelisco decidiesen quebrar una lanza no tanto a favor de Clarín como de la libertad de expresión? Nadie puede saber lo que ocurriría, aunque la respuesta es hoy menos importante que la pregunta. ¿Por qué? En razón de que ésta hubiese sido inconcebible plantearla a principios de año. Si ahora no constituye un sinsentido, ello es producto

de que algo muy importante cambió en la Argentina. La calle era un coto exclusivo del kirchnerismo. Hoy lo es de sus adversarios. No resulta poca cosa.

Tampoco lo es el compromiso firmado, la semana pasada, por 28 senadores de oponerse a la reforma constitucional y a todo intento de reelección. Con la particular coincidencia de que, en el mismo orden de preocupaciones, unos 103 diputados —de acuerdo a los cálculos preliminares de los responsables de la iniciativa— ya han dado su conformidad y firma para alumbrar en la cámara baja un documento similar. Sería apresurado sostener que, al haberse despertado de tal manera la sociedad, por contagio la clase política opositora ha hecho otro tanto. Pero, al margen de las correspondencias que pudiera haber entre las manifestaciones del 13 de septiembre y la del 8 de noviembre, y el paso dado por esos senadores y diputados, lo cierto es que ambas cosas se potencian mutuamente.

Nada es lineal. Los consensos del arco opositor se circunscriben a los temas antes referidos. Casi todos sus integrantes parecen haber advertido el peligro que se recortará en el horizonte institucional si el oficialismo se saliese con la suya. Por eso, excepción hecha de algunos pocos diputados de izquierda, en general los firmantes en las dos cámaras representan a las más variadas banderías partidarias. Están los del PRO, la UCR, el socialismo, la Coalición Cívica y el GEN. Más allá de las coincidencias, las divergencias son demasiado nítidas como para soslayarlas. Dicho lo cual, también es verdad que en unos comicios legislativos, como los de octubre de 2013, la dispersión beneficia a los opositores. Eso lo sabe cualquiera. Hasta la próxima semana.

#### Secciones del Informe completo

- ◆ *Crónicas políticas*
- ◆ Recaudación – octubre  
*La cosmética no alcanza para ocultar la debacle*

- ◆ Las provincias, bajo creciente stress financiero  
*Sometimiento, asfixia financiera y presión tributaria descontrolada*